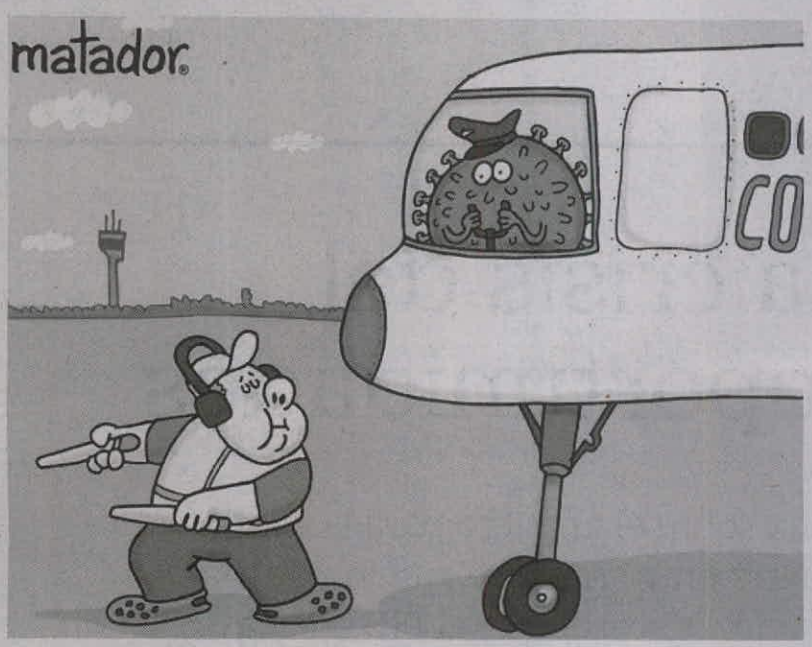
Opinión

EN CARICATURAS

Cielos abiertos



Respuesta aplazada



Conoravirus, diplomacia y política



Tregua con Venezuela

Alfonso Gómez Méndez

En 1932, cuando en el gobierno liberal de Olaya Herrera se produjeron el ataque peruano a Leticia y la subsiguiente declaratoria de guerra entre los dos países, dos hechos importantes quedaron registrados para nuestra historia: Laureano Gómez iniciaba su intensa oposición al régimen liberal recién instaurado, y frente a la situación presentada por la invasión extranjera decretó tregua a la oposición al régimen y acuñó la frase que hizo carrera: "Paz en el interior y guerra en las fronteras". El otro fue la actitud del dirigente liberal Alfonso López Pumarejo, quien, aprovechando su amistad con el presidente peruano Sánchez Cerro, que inicialmente había sido dictador, viajó en secreto a Lima y comenzó las conversaciones, finalizadas con el armisticio que puso término al conflicto.

Hoy es claro que si bien nosotros no estamos en guerra abierta con Venezuela, el actual gobierno hizo de la oposición al régimen dictatorial de Maduro el eje central de su política exterior en la región. Eso lo llevó a romper toda clase de relaciones diplomáticas, consulares y comerciales, no con Venezuela como nación ni con los 'hermanos' venezolanos, sino con un sistema que desconoce las libertades públicas y la separación de poderes.

A mi juicio, fue un error no dejar abierta una puerta de diálogo -sin necesidad de reconocer un gobierno ilegítimo- para tramitar asuntos comerciales o de vecindad con un país con el cual tenemos una frontera 'porosa' de más de 2.000 kilómetros.

Ante la pandemia del coronavirus -y aun cuando el presidente Duque anunció un diálogo con las autoridades de salud venezolanas a través de la Organización Panamericana de la Salud (OPS)-, debería pensarse en la urgencia de abrir siquiera un canal de comunicación entre las autoridades sanitarias de los dos países, a fin de controlar la emergencia e impedir la extensión de sus efectos.

Un mal manejo de lo que logre hacerse en las fronteras -en especial en esta- puede resultar demoledor para la tremenda amenaza que enfrentamos. Tomando la citada idea que a nivel interno planteó aquí ese líder conservador, ¿por qué no auscultar una especie de 'tregua' en la confrontación con Maduro, mientras salimos de esta seria encrucijada, de alto riesgo para la integridad y aun la vida de millones de compatriotas? Si hasta en las guerras más encarnizadas se conceden treguas por razones humanitarias, ¿por qué no hacerlo nosotros sin darle respiro a la dictadura de Maduro, máxime si tenemos el antecedente de que, aun en el fragor de la guerra de independencia, Bolívar firmó una con el invasor Pablo Morillo, justamente para tratar enfermos e intercambiar prisioneros?

También por el coronavirus se está planteando una especie de 'tregua político-legislativa' que permitiría aplazar el comienzo de las sesiones del Congreso. Es cierto que en las fechas que la Constitución Política (CP) señala, el Congreso debe abrir sus sesiones incluso por fuera del recinto habitual si así lo ameritan situaciones de orden público. Pero ante situaciones excepcionales se imponen idénticas medidas.

En los años 40, cuando solo existía el estado de sitio por razones de orden público, el maestro Darío Echandía, como ministro de López Pumarejo, ideó la teoría del "orden público económico" a fin de establecer el control de precios para frenar la especulación y acaparamiento reinantes. Es verdad que el funcionamiento del Congreso no está hoy amenazado, como en otras épocas, por factores violentos. Pero podría estarlo por el coronavirus. Bien podría, con base en el artículo 215 de la CP, decretarse -por un hecho imprevisto, como una pandemia- la emergencia social. Algunos sugieren el funcionamiento virtual del Parlamento, lo que no permitiría los necesarios debates políticos. Esperemos que muy pronto, el coronavirus nos permita recobrar la normalidad en todos los órdenes.

'Santander', de Pilar Moreno de Ángel

Para el mejor estudio de nuestra historia, la editorial Crítica ha vuelto a publicar la excelente y documentada biografía *Santander*, obra de la gran historiadora doña Pilar Moreno de Ángel (q. e. p. d.). Buena lectura para estos días de cuarentena debido al coronavirus.

Esta incertidumbre es mortal



Punto y aparte

Vladdo

"Los nubarrones iban ocultando el cielo; el viento venía denso, húmedo, lleno de olor de tierra; en las laderas las ráfagas huracanadas rizaban la hierba amarillenta; en las cumbres, el aire apenas movía las copas de los árboles de hojas rojizas. Luego, las faldas de los montes se borraron envueltas en la niebla; el cielo se oscureció más; pasó una bandada de pájaros gritando...".

Esta descripción de una tempestad, de Pío Baroja -texto que no leía desde la primaria-, describe lo que siento en medio de la situación generada por el covid-19: es como si uno estuviera esperando una tormenta.

Por asuntos de trabajo, me encontraba en Miami cuando se anunció la llegada de Katrina, hace 15 años. Los días previos fueron una sucesión de altibajos emocionales que solo se acentuaban con el paso de las horas. En la zona donde yo me encontraba la evacuación no era obligatoria, lo cual no lo blindaba a uno contra ningún riesgo, puesto que los huracanes son impredecibles. Algunos se desvanecen al tocar tierra; otros se fortalecen; algunos más se ponen lentos -lo cual los vuelve peligrosísimos-, y otros más se desvían a último momento, como ocurrió con Katrina en la Florida, estado al que atravesó más al sur de lo previsto, antes de regresar al mar y de volver tocar tierra en las costas de Luisiana y Misisipi, donde causó una tragedia descomunal.

Los días previos transcurrieron en un ambiente más o menos tranquilo. La demanda de ciertos artículos se incrementó, pero no hubo desabastecimiento de víveres ni de productos de primera necesidad. Los estantes de los supermercados gringos no quedaron desocupados, como se ha visto estos días con la paranoia del coronavirus. En las únicas partes donde se percibía algún grado de anormalidad era en las estaciones de gasolina, donde se podían observar largas filas de carros para tanquear.

Sigo con el relato de Baroja. "Comenzaron a oírse a lo lejos los truenos; algunas gruesas gotas de agua sonaron entre el follaje; las hojas secas danzaron frenéticas de aquí para allá; corrían en pelotón por la hierba, saltaban por encima de las malezas, escalaban los troncos de los árboles, caían y volvían a rodar por los senderos... De repente, un relámpago formidable desgarró con su luz el aire, y al mismo tiempo, una catarata comenzó a caer de las nubes. El viento movió con rabia loca los árboles y pareció querer aplastarlos contra el suelo".

Como nadie esperaba que el huracán entrara tan cerca, cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde para evacuar, de modo que tocó aguardar el impacto en un apartamento improvisado como búnker. Los primeros ventarrones empezaron al caer la tarde y se prolongaron hasta bien entrada la madrugada. En medio de la lluvia, se sentía el silbido del viento que se colaba entre las rendijas de las ventanas y bajo la puerta que daba al pasillo del edificio. La luz se fue, las líneas telefónicas se cortaron, y de señal celular ni hablar. Solo quedaba esperar. Al amanecer se pudo apreciar el panorama de ventanas rotas, árboles arrancados de raíz, botes volteados o medio hundidos, postes derribados y avenidas intransitables, repletas de troncos, piedras, tierra y lodo. Luego supimos que hubo 14 muertos en la Florida.

"Ya la tempestad huía; abajo, por la otra parte de la quebrada, se veía brillar el sol sobre la mancha verde de los pinares...; el agua clara y espumosa corría a buscar los torrentes; entre las masas negruzcas de las nubes aparecían jirones de cielo azul".

La ventaja con los huracanes es que tienen hora de llegada y de partida, antes de que vuelva a brillar el sol. Además, uno los puede esquivar. En cambio, al coronavirus no hay modo de eludirlo. Y no sabemos cuándo nos llega ni cómo; ni cuánto tiempo nos va a tener en ascuas. Y esta incertidumbre es mortal.

puntoyaparte@vladdo.com



Argumentos en contra

Juan Carlos Echeverry

¿Vender Ecopetrol?

En una interesante reflexión, Gabriel Silva propone vender Ecopetrol. Respetuosamente, estoy en desacuerdo. La razón es que, siempre y cuando esté bien manejada, Ecopetrol es más rentable que una empresa privada que tuviera los mismos activos, a causa de que su principal dueño, el Estado, descuenta de sus costos los impuestos y las regalías, pues salen de un bolsillo y entran por otro.

En concreto, si el precio Brent de corte (*break even*) de Ecopetrol para dar utilidades es 35 dólares, una vez se descuentan impuestos y regalías, puede ser inferior a 20 dólares. Esto lleva a que el dueño estatal pueda rentabilizar más reservas y producción que una empresa privada que comprara a Ecopetrol.

Un segundo argumento: Ecopetrol es una empresa integrada de producción, transporte y refinación. Si se vendiera por separado a Cenit, su compañía de transporte, también se perderían reservas y producción. La razón es que Ecopetrol es dueña de buena parte de los oleoductos, con lo cual puede contabilizar el transporte a costo.

Un tercer argumento que se cita para deshacerse de Ecopetrol es el declive secular que se dará de los combustibles fósiles. A causa de las energías alternativas, la demanda mundial de crudo caerá a 90 millones de barriles/día en 2050 (hoy 100). ¿Puede Ecopetrol ser parte de esa oferta mundial? Si se mantiene bien manejada y desarrolla más hidrocarburos en Colombia, perfectamente estaría vendiendo petróleo y gas en treinta años.

> "En mi opinión, no solamente se la debe mantener estatal y bien manejada, sino permitirle extraer hidrocarburos no convencionales ('fracking').

Un cuarto argumento es el alto potencial de zonas de difícil acceso, como Putumayo, Catatumbo, Arauca, etc. Con la gestión concertada empresa-Gobierno, la gente deja trabajar a Ecopetrol y la empresa 'hace patria'.

¿Puede Colombia deshacerse de los hidrocarburos? Hace seis años, sin guerras de precios ni pandemias, la tasa de cambio era de 1.800 pesos por dólar. Una persona con 100 millones de pesos de activos tenía 55,555 dólares; en la actualidad, a 4.000 pesos por dólar, solo tiene 25.000; perdió más de la mitad. Cada devaluación destruye valor de lo denominado en pesos: precios, salarios y activos.

Sin petróleo, o con un precio bajo, la economía pierde capacidad adquisitiva en el exterior, cada hora de trabajo vale menos, se reduce nuestra capacidad de importar y nos empobrecemos.

Sin petróleo habría mayor déficit externo, que es la diferencia entre el gasto y el ingreso de una economía. Según la Andi, el petróleo financió un exceso de gasto de los colombianos de más del 10 % del PIB; ¡40.000 millones de dólares año! De ese tamaño sería el totazo si se acabara el petróleo.

Si se privatizara Ecopetrol, el efecto sería menos dramático, pero se podría perder una porción de su producción. En mi opinión, no solamente se la debe mantener estatal y bien manejada, sino permitirle extraer hidrocarburos no convencionales (*fracking*).

¿Por qué se necesita el *fracking*? Los campos del Llano, Castilla, Chichimene y Rubiales, llegaron a producir 450.000 barriles/día, pero hoy están en un natural e inexorable declive que será dramático al final de esta década. La única forma de mantener luego de 2025 la producción colombiana entre 800.000 y un millón de barriles por día es con descubrimientos importantes en Colombia y con los yacimientos no convencionales (*fracking*).

En 2017, en Ecopetrol nos dimos cuenta de esto y pusimos la agenda de *fracking* como una prioridad nacional. Es una tecnología con riesgos y desafíos. Pero no veo otra salida.

Hay que defender el turismo, las flores, los aguacates y los demás productos de exportación, y que otras empresas desarrollen las energías alternativas. Pero 1) abandonar el petróleo y el gas, 2) impedir explotar los yacimientos no-convencionales, y 3) venderla a manos privadas me parecen rutas temerarias.